

Pertinencia y nuevos roles de la educación superior en América Latina

Manuel Ramiro Muñoz

Profesor. Universidad Javeriana de Cali.

La conciencia sobre la urgente necesidad de una Educación superior con mayores niveles de pertinencia, es uno de los grandes aportes que hizo la Conferencia Mundial sobre Educación Superior (París, 5-9 de octubre de 1998), convocada por la UNESCO. La pertinencia se define como «la capacidad de las instituciones de Educación Superior (IES) y de los sistemas de Educación Superior para dar respuestas concretas y viables, desde su naturaleza y fines, a las necesidades de la sociedad».¹ Tales necesidades no son abstractas, ni genéricas, sino reales y puntuales. En la Declaración final se lee:

La educación superior debe reforzar sus funciones de servicio a la sociedad y más concretamente sus actividades encaminadas a erradicar la pobreza, la intolerancia, la violencia, el analfabetismo, el hambre, el deterioro del medio ambiente y las enfermedades, principalmente mediante un planteamiento interdisciplinario y transdisciplinario para analizar los problemas y las cuestiones planteados.²

Esta urgente necesidad de consolidar, en las IES, la capacidad de aportar soluciones a los problemas de la sociedad, se enmarca en un ideal fundado en un

imperativo ético y moral, que se traduce en visión y en acción que enfatiza, entre otros, los siguientes aspectos:

1. Trasciende las consideraciones puramente económicas y mercantilistas sobre el ser humano, la sociedad y la misma educación superior. Don Federico Mayor Zaragoza, quien como director de la UNESCO convocó la Conferencia Mundial de París, expresa que

es descabellado esperar que las fuerzas del mercado puedan ofrecer respuestas a todas estas interrogantes. Sería suicida confiar la solución de cuestiones tan fundamentales a las técnicas de compraventa; ni siquiera el problema de la creación y distribución desigual de la riqueza en el mundo es un asunto exclusivamente económico. El mercado es un factor —a veces ni siquiera el más importante— de muchos de estos problemas.³

2. Afirma su confianza en la viabilidad y en la capacidad del conocimiento y de la educación para propiciar el cambio y el progreso de la sociedad:

Dado el alcance y el ritmo de las transformaciones, la sociedad cada vez tiende más a fundarse en el conocimiento, razón de que la educación superior y la investigación formen hoy en día parte fundamental del desarrollo cultural, socioeconómico y ecológicamente sostenible de los individuos, las comunidades y las naciones.⁴

3. Promueve la rebeldía, hecha acción transformadora, al inmoral orden vigente que hace de los fines, medios; y de los medios, fines; inversión de valores con el propósito de favorecer la acumulación y concentración de riqueza, ya no en dimensiones nacionales o regionales, sino globales. Esta «conjura ética», como bien la llamó Don Federico Mayor en el discurso final de la citada Conferencia Regional, es la fuerza y la motivación que permitirá lograr mayores niveles de pertinencia social: «Nada podemos esperar de los satisfechos, de los saciados, de los dóciles. La indocilidad es parte esencial de esa «conjura ética» [...] En la insumisión no violenta, en la rebeldía cívica del ciudadano consciente de sus deberes y derechos, radica la mejor esperanza de América».⁵ En consecuencia, impulsa un proceso de transformación y renovación radical de las IES y los sistemas de educación superior, guiado desde dimensiones éticas, que puedan hacer frente a la profunda crisis de valores que vive la sociedad contemporánea, como dice la Declaración de París.

Este imperativo ético, sobre el cual se funda el ideal de educación superior promovido por la Conferencia de París, cobra especial relieve en esta época de rápidos cambios que afectan a casi todos los órdenes de la vida individual y colectiva, y amenazan con borrar los puntos de referencia, los asideros morales imprescindibles para construir porvenir.⁶

En la configuración de este ideal de educación superior, América Latina y el Caribe contribuyeron significativamente no solo en las discusiones durante la Conferencia, sino en la fase previa de preparación que concluyó con la Conferencia Regional realizada en La Habana en noviembre de 1996, proceso que evidenció la necesidad de «una mayor imbricación con el tejido social y con el resto de las instituciones de la sociedad».⁷ Esto supone poner en primer plano la agenda social, aplazada por décadas, para que formara parte de la agenda universitaria del continente.

En este horizonte cargado de ideal, compromiso ético, fuerza transformadora, surge, se definen y cobran sentido el concepto y la praxis de la pertinencia, dimensión que junto con la calidad y la efectividad, abren inéditos espacios para que la educación superior asuma nuevas funciones. La pregunta es: ¿hasta dónde y en qué grado las IES y sus sistemas en América Latina y el Caribe han incorporado y hecho realidad este sueño? Los diferentes documentos preparatorios y el espíritu mismo de la conferencia mostraban gran preocupación por la tendencia a implementar políticas públicas promotoras de la transformación del carácter de bien público de la educación superior y el conocimiento, en bienes de libre mercado, al servicio de la acumulación de capitales. ¿En qué medida se ha podido detener o cambiar esta tendencia? El propósito

de este trabajo es hacer una aproximación a estas preguntas y afirmar la vigencia y la necesidad de una educación socialmente pertinente, como condición necesaria para el ejercicio de los derechos humanos, la democracia, el desarrollo sostenible y la paz; en consecuencia, en el siglo XXI la educación superior deberá ser accesible para todos, a lo largo de toda la vida.⁸

Retos

1. *Equidad y justicia*: Hoy podemos hablar de las desilusiones del progreso, en el plano económico y social. El aumento del desempleo y de los fenómenos de exclusión en los países ricos, y el mantenimiento de las desigualdades de desarrollo en el mundo así lo confirman.²² Xabier Gorostiaga nos presenta las siguientes cifras:

- Los Estados Unidos utilizan 25% de los recursos mundiales cuando solo tienen 5% de la población mundial.
- Los 225 individuos más ricos del mundo, de los cuales 60 son norteamericanos, tienen una riqueza combinada de más de mil billones de dólares, igual que el monto de los ingresos anuales del 47% de la población más pobre del mundo entero.
- Las tres personas más ricas tienen más riqueza que el producto bruto combinado de los 48 países más pobres.²³

Actualmente, el «crecimiento económico a ultranza» no se puede considerar como el camino más fácil hacia la concreción del progreso material, la equidad y el respeto de las condiciones de vida para las generaciones futuras. En consecuencia, es imperativo formar científicos y profesionales capaces de contribuir en la transformación de este modelo injusto e inequitativo; en primer lugar, tomando conciencia que, hoy más que nunca, el saber es poder, y que puede continuar reforzando la actual situación o ayudar a cambiarla; en segundo lugar, contribuyendo a la creación de alternativas viables, donde no solo se promueva el crecimiento económico, sino el bienestar social y la protección y preservación del medio ambiente, tres elementos indisolubles a la hora de buscar soluciones sostenibles.

2. *Cultura de paz*: A pesar del final de la Guerra fría, la aspiración a un mundo mejor y pacífico no es una realidad. La barbarie de la guerra se despliega en toda su magnitud, dejando a su paso dolor, sufrimiento, destrucción y muerte. El fenómeno de la violencia es una amenaza latente, porque hemos acumulado tal

arsenal bélico que puede acabar varias veces con el planeta y toda forma de vida sobre su superficie.

Una gran guerra no es la única amenaza potencial; desde la Segunda guerra mundial, que ocasionó 50 millones de víctimas, el mundo ha sufrido cerca de 150 enfrentamientos que han causado 20 millones de muertos más. Las tensiones están latentes y estallan entre naciones o grupos étnicos, o en relación con injusticias acumuladas en los planos económico y social.

Los gastos militares después de la Guerra fría siguen siendo de más de 800 mil millones anuales, equivalentes a 45% del ingreso de toda la humanidad. Los países del Sur gastan 200 mil millones en armas que son vendidas, casi exclusivamente, por los países más ricos. Los Estados Unidos y Europa controlan 80% del comercio mundial de armas.²⁴

Frente a la constante amenaza de la globalización de la injusticia y la violencia, en un contexto marcado por la interdependencia cada vez mayor entre los pueblos, formar seres humanos capaces de construir sociedades fundadas en los valores de la cultura de paz es deber de todos los que hemos optado por la educación.

3. *Convivencia y fraternidad.* Para aprender a vivir juntos en la «aldea planetaria», es necesario comenzar por las comunidades a las que por naturaleza pertenecemos: familia, vecindario, ciudad, región, nación. Este sentido de pertenencia y arraigo es la vía para abrirnos a las posibilidades de la mundialización, sin que se pierdan las raíces y la identidad. Hoy sabemos que la tentación autárquica o la adaptación ingenua a los procesos globalizadores no son deseables. Pero más allá de los arraigos y de la mundialización, la amenaza a la convivencia y la fraternidad está en el actual modelo social, fundado en la economía moderna, que hace de las normas morales admitidas comúnmente sus pilares. En este modelo, la envidia, el egoísmo, la codicia se convierten en motores de la economía y la sociedad; en cambio, la solidaridad, el servicio, la preocupación por los débiles son consideradas trabas al crecimiento económico.²⁵

Esta exacerbación del individualismo va en contravía del encuentro del «otro», para reconocer la inter-subjetividad, la alteridad y la diversidad de pueblos, culturas, géneros, etnias, religiones; o sea, para construir la convivencia y la fraternidad desde la diversidad. La interrogante central es si estamos preparando a las nuevas generaciones para participar en la vida en comunidad, en contextos de pluralidad y diversidad.

Es necesario despertar la responsabilidad personal que permita trascender los márgenes del individualismo en las relaciones interpersonales, los compromisos sociales, y la vida cotidiana del trabajo, del ocio, del

amor, de la diversión, etc. La educación superior debe contribuir en este propósito creando escenarios donde se fortalezca el respeto por el otro mediante el cultivo de la sensibilidad humana y la comprensión de que somos diferentes y, al mismo tiempo, parte de una sola gran familia: la humana.

4. *Información y ciencia con conciencia.* Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación están facilitando la interconexión, en tiempo real, desde cualquier lugar de la tierra; los avances científicos y tecnológicos le brindan al ser humano inmensas posibilidades de mejorar su calidad de vida. Pero el uso y los beneficios de estos progresos de la inteligencia humana se concentran en franjas muy pequeñas de la población mundial; además, no está claro su sentido y su responsabilidad ética y política. El poder generado por la producción de conocimiento está totalmente concentrado, con lo cual las asimetrías sociales y económicas se mantendrán en el futuro, a menos que exista una globalización del servicio y la cooperación que permita transferir conocimientos y tecnologías a los lugares donde más se necesiten.

Según las cifras de Xabier Gorostiaga, 96% de toda la investigación-desarrollo del mundo está concentrado en el 20% más rico de los países; y casi la mitad se hace en los Estados Unidos. No parece que estas proporciones puedan revertirse fácilmente porque los índices de inversión en educación son asimétricos. Por ejemplo, la cantidad promedio que se invierte en el nivel universitario, en Latinoamérica, es de 937 dólares por estudiante, mientras que en los Estados Unidos es de 5 596.²⁶

Pero más allá de las cifras, que son claves, existe una problemática más profunda: el bajo grado de independencia intelectual. Sobre este tema, Max Neef²⁷ manifiesta con cierta ironía: «América en el Sur es una tierra de no-descubrimientos: Don Cristóbal Colón, gran Almirante de la mar océano, murió sin haber descubierto América. Tan seguro estaba del lugar a donde iba y llegó, que esa certeza opacó sus capacidades perceptivas y murió sin haberse dado cuenta del colosal hallazgo». ²⁸ Quizá muchos académicos de este continente también mueren sin haber descubierto estas tierras: su rica diversidad biológica, étnica, cultural, lingüística y biogeográfica.²⁹ Vale decir que nosotros, dueños de la más grande diversidad alimentaria que el planeta pueda imaginar, la dejamos ir porque no nos tomamos la molestia de descubrirla. E incluso es muy tarde para muchos pueblos exterminados, muchas culturas desaparecidas, muchas especies biológicas extinguidas. Es inaudito que para poder hacer nuestras investigaciones, las cuales nos permiten descubrirnos, tengamos que acudir a las bases de datos, a las bibliotecas y a los centros de estudio de Europa y los Estados Unidos.

Formar el criterio que posibilite seleccionar y usar la información, en medio de los mares de contenidos que circulan mediante las nuevas tecnologías, es una tarea urgente de la educación superior. Además, graduar científicos con autonomía e independencia intelectual, capaces de descubrir el continente, es inaplazable. La educación superior en la región deberá formar las generaciones que puedan poner al servicio de toda la sociedad los beneficios y creaciones que ha producido la inteligencia humana, dándoles sentido y responsabilidad ética y política. Necesitamos información, tecnología y ciencia con conciencia.

Tensiones

1. *Entre lo mundial y lo local.* La educación tiene la tarea de formar ciudadanos del mundo, hombres y mujeres que se inserten en los procesos de mundialización sin perder sus raíces y sin dejar de participar activamente en la vida de la nación y de su comunidad local de base.

2. *Entre lo universal y lo singular.* La mundialización de los avances y progresos de la inteligencia humana se realiza progresivamente, pero de manera parcial y concentrada en pocas franjas de la población. Igualmente, asistimos a una homogeneización de los patrones culturales y de consumo, que ponen en peligro la rica diversidad del mundo, en todos los órdenes. En contraposición, surgen movimientos que defienden una identidad, una raza, una nacionalidad, una individualidad. Ello es un gran desafío. La educación tiene un papel clave.

3. *Entre tradición y novedad.* Una tarea urgente para el siglo XXI es adoptar los cambios que la era informático-tecnológico-científica nos aporta, enriqueciéndolos y articulándolos con la tradición. Esto supone educar seres humanos capaces de asumir esas novedades sin negar sus tradiciones y valores.

4. *Entre el largo plazo y el corto.* Tensión eterna, pero alimentada actualmente por un predominio de lo efímero y lo instantáneo, en un contexto en que la avalancha de informaciones y emociones fugaces conduce a centrar esfuerzos en la solución de los problemas inmediatos, dejando de lado la planeación que requieren los de a largo plazo. Lo anterior implica afirmar los clásicos fines de la educación en su dimensión formativa, cuyos ejes fundamentales son el rigor, la constancia, el espíritu crítico, la capacidad creativa y la disposición para el discernimiento.

5. *Entre la indispensable competencia y la preocupación por la igualdad de oportunidades.* Es urgente una educación que concilie la competencia que estimula, la cooperación que fortalece y la solidaridad que une.

6. *Entre el extraordinario desarrollo de los conocimientos y las capacidades de asimilación del ser humano.* La ciencia y la técnica se desarrollan a unas velocidades vertiginosas y el conjunto de los saberes y las profesiones se transforman constantemente. Ante esto, es preciso preservar los elementos esenciales de una educación básica que enseñe a vivir mejor mediante el conocimiento, la experimentación y la formación de una cultura personal sólida que dé criterios para discernir y optar.

7. *Entre el bien mayor y el particular.* El ser humano es individual y al mismo tiempo social. La afirmación de la libertad personal constituye un correlato de la necesidad de la justicia social y de la búsqueda del bien común. Suscitar en cada persona la elevación del pensamiento y del espíritu humano hacia la búsqueda del bien mayor, trascendiéndose a sí mismo, es quizá la tarea más noble que pueda hacer la educación en general y la superior en particular.

¿Cuán pertinente es la educación superior en la región?

Nos acercamos a conmemorar los diez años de la Conferencia Mundial de Educación Superior. Una década es poco tiempo para esperar grandes resultados en la implementación de una nueva visión. Pero es suficiente para saber si se ha tomado el camino adecuado y si se han dado las condiciones para emprender la marcha; si se han modificado las que hacen que esta nueva perspectiva sea posible y se inserte en el camino de la larga y rica historia de la educación superior, porque la universidad no es idea absoluta, ni abstracción que pueda construirse especulativamente, ni factor desligado del devenir de la sociedad y de la historia.

Nos encontramos en un momento de la historia marcado por notables descubrimientos y progresos científicos; en el último cuarto del siglo XX varios países salieron del subdesarrollo, y el nivel de vida ha continuado su progresión. Sin embargo, un sentimiento de desencanto contrasta con las esperanzas que el desarrollo humano suscita, porque el futuro está amenazado por tensiones conflictivas que ponen en peligro la paz mundial, la supervivencia del planeta y la convivencia fraterna, justa y solidaria de los diferentes miembros de la familia humana.³⁰ Este descontento es fruto del modelo de sociedad que la globalización económica, de carácter neoliberal, viene imponiendo al mundo. Este modelo, como bien lo planteó la Conferencia Mundial de París, obliga a crear uno nuevo, no centrado en el consumo, la acumulación y el mercado. Porque «el mercado no es el *deus ex machina*

A través de la historia, la universidad se ha reestructurado para adaptarse y dar respuestas a las hondas exigencias de cada época. Hoy estamos frente a la tarea de desencadenar el potencial científico, autónomo, universal y corporativo de ella, que, en ocasiones, pareciera estar dormido en las instituciones de educación superior.

de la historia humana, sino una técnica que los hombres hemos creado para producir más eficientemente los bienes y servicios necesarios; pero que no puede responder a la inmensa gama de problemas morales, sociales, políticos y culturales que la sociedad afronta y seguirá afrontando en el futuro».³¹

En la región, ese modelo de sociedad ha sido muy negativo, porque ha reforzado la larga historia de exclusión, saqueo, empobrecimiento y dolor del continente. La globalización actual requiere urgentemente de un componente de solidaridad y de ética; que sea para la gente y no solo para los mercados y las utilidades. Necesitamos una globalización con rostro humano,³² de la esperanza, la solidaridad y la utopía. En el siglo xx, los pueblos de esta parte del mundo han soportado la exclusión mediante diferentes formas de negación e invisibilidad: jurídicas, socio-económicas, culturales-educativas; y ahora que irrumpen los pueblos indígenas y afrodescendientes en la educación superior, se pone en evidencia la negación e invisibilidad epistemológica.

En lo jurídico y socio-económico, la universidad tiene una tarea, aplazada por décadas, desde su misión de servicio a la sociedad. Respecto a la invisibilidad jurídica, en la mayoría de los países latinoamericanos las identidades nacionales se configuraron a partir de la negación de la diversidad, de sus raíces étnicas, culturales. En el marco del Estado-nación monocultural se construyó un concepto de ciudadanía que reconocía solo a quien fuera varón, blanco, con propiedades y heterosexual.³³ Esta concepción excluyente se consagró en las constituciones políticas de los Estados y durante décadas marcó el derrotero de las políticas estatales, al crear una cultura política discriminadora y exclusiva, que hoy se convierte en uno de los principales escollos para generar procesos de reconocimiento, inclusión y ejercicio de derechos de los diversos pueblos e identidades del continente (indígenas, afrodescendientes, campesinos, obreros, mujeres, niños, homosexuales, etc.). Socioeconómicamente, en las últimas décadas se evidencia una agudización de la exclusión que ha empobrecido a miles de seres humanos y los ha despojado de las condiciones mínimas para su supervivencia.

Por otro lado, los Estados huyen de su compromiso de financiar la educación superior, con lo cual ponen en peligro el futuro de sus pueblos, dado que, según la UNESCO, ella es una excelente estrategia de mediano y largo plazo para asegurar su futuro. La manera como se desentienden los Estados de su responsabilidad, es promoviendo la cobertura a través de políticas de mayor eficiencia en el uso de los recursos, más cobertura con igual presupuesto y mediante el incremento de la matrícula privada.

La invisibilidad y la negación epistemológica del pensamiento, de las culturas, de los pueblos y de las inmensas riquezas naturales que existen en el continente, son las que más influyen a la hora de transformar la educación superior para hacerla más pertinente. Durante varias décadas, los pueblos del sur de América hemos vivido un mimetismo casi generalizado. Una especie de neocolonialismo que, superpuesto al anterior, de corte eurocéntrico, generó altos niveles de dependencia intelectual que nos obstaculiza descubrir lo que está a nuestro alrededor y producir un nuevo conocimiento, asociado a las necesidades de nuestros pueblos. Este mimetismo se ha vivido en medio del desgaste de los modelos a los que estamos miméticamente unidos: la modernidad y el estilo de vida norteamericano. La afirmación de Alcibíades Escué, líder indígena colombiano es directa:

En la primera globalización, se discutía si negros e indios teníamos alma, para reconocernos como seres humanos y como sujetos de derechos; en esas discusiones perdimos y como consecuencia se tuvo argumentos «racionales» para colonizarnos y esclavizarnos. Hoy, en la segunda globalización, la discusión es más sutil, aunque igual de dañina, se discute si tenemos cultura o folklore, idiomas o dialectos, pensamiento o mito; y hasta se llega a afirmar que nuestro analfabetismo respecto al castellano y al pensamiento occidental es una muestra más de nuestra incapacidad de pensar. Igual que ayer, hoy estamos perdiendo, se nos trata como menores de edad y en consecuencia, se tiene los argumentos «racionales» para imponernos sus modelos, para colonizarnos y para exterminarnos como cultura y como pueblos.³⁶

Enfrentar la invisibilidad y la negación epistemológica es hacerlo contra el pensamiento eurocéntrico tan enraizado en la mentalidad de nuestros académicos. Bien dice Enrique Dussel:

[C]ontra la ontología clásica del centro, desde Hegel hasta Marcuse, por nombrar lo más lúcido de Europa, se levanta una filosofía de la liberación de la periferia, de los oprimidos, la sombra que la luz del ser no ha podido iluminar. Desde el no-ser, la nada, el otro, la exterioridad, el misterio de lo sin-sentido partirá nuestro pensar. Es entonces, nuestro pensamiento un «pensamiento bárbaro».³⁷

Existe una barrera epistemológica, un tipo de «analfabetismo cultural» de amplios sectores académicos que está en la base de posturas monoculturales, excluyentes y miméticas.

En el sueño educativo de la Conferencia de París la calidad es muy importante, pero debe estar ligada a la idea de que la educación es un bien público y el conocimiento un bien social. Además, propone una tríada indisoluble: pertinencia-calidad-efectividad. Los esfuerzos en uno solo de los elementos de la tríada, en vez de afianzar el ideal de educación superior propuesto, lo haría más lejano. Para los retos de nuestro contexto, el énfasis solo en la calidad, aislada de la pertinencia, no contribuye a que la educación superior asuma su papel en la sociedad; de la misma manera que hacer que sea más pertinente, descuidando el rigor científico y la excelencia académica, hace poco efectivas las acciones para atender las necesidades del entorno social; a su vez, estos dos elementos, sin adecuados sistemas de gestión y administración que procuren la efectividad, tampoco permiten que la educación superior pueda cumplir la misión que le corresponde en nuestras sociedades. En este sentido, sistemas de aseguramiento de la calidad, concebidos desde las exigencias propias de la competencia, que se orientan exclusivamente a la inserción de la educación superior en la economía de mercado, cortan la posibilidad de que sea una de las claves de futuro para los pueblos de nuestro continente.

Para alcanzar altos grados de calidad y pertinencia se necesitan altos niveles de inversión, y el Estado debe ser el primer responsable, porque la calidad y la pertinencia cuestan. Estos costos no se los puede transferir a los «usuarios», sin profundas consecuencias en los ya dramáticos índices de inequidad y exclusión. Pero sobre todo, el resultado directo para la educación superior es el real deterioro de su naturaleza, misión y función en la sociedad.

La pertinencia de la educación superior, en el contexto social, político y, sobre todo económico nos coloca ante uno de los muchos dilemas a los que esta se enfrenta día a día en la región: o es concebida como empresa que desarrolla un bien de libre mercado o como una institución que garantiza un derecho y presta un servicio a la sociedad. Dicho en palabras de Juan Carlos Hidalgo:

1) La Universidad es una unidad de producción donde la capacitación es un insumo (input) y el egresado profesional el producto final (output). Durante el proceso de

aprendizaje, es decir de producción de conocimientos, el alumno que se capacita incrementa su productividad y, por ende, eleva la remuneración de su trabajo, ahora más calificado. 2) La Universidad es un vehículo de formación de ciudadanos libres, aptos para integrarse a una sociedad democrática y un instrumento creador de conocimientos cuya propiedad le pertenece al conjunto de la sociedad. Por consiguiente, el rol de la Universidad es educar, producir incesantemente conocimientos a través de la investigación y transferir ciencia, tecnología y cultura al tejido social.³⁹

Igualmente, el tema de la responsabilidad social de la universidad desde la perspectiva de la identidad y la misión, nos obliga a tener en cuenta varias cuestiones: si observamos la agenda universitaria de la región, advertimos que las propuestas se dirigen hacia consideraciones pragmáticas acerca del funcionamiento y operación y no a responder adecuadamente, desde su identidad y misión, a las exigencias de las naciones, pueblos y culturas en las que están ubicadas. Hoy parece prevalecer una preocupación pragmática donde los temas que sobresalen son la identidad institucional concebida dentro de un proyecto que responda a las necesidades del mercado. Esto marca una pauta en la dinámica de la educación superior en la región. Los aspectos financieros, cada vez son más significativos y el concepto de eficiencia, con sus colaterales de evaluación y acreditación, cobra gran importancia. La preocupación por la pertinencia, frente a los grandes desafíos de Latinoamérica, no es un tema prioritario en la agenda universitaria; esta se dirige, con mayor frecuencia, hacia la eficacia de las relaciones entre la institución universitaria y el mercado.

Educación superior al servicio del mercado

Esta primera variante tiene como punto de gravedad la calidad, se impone con mucha fuerza de inversión, créditos y recursos, agenciada por la Organización Mundial del Comercio, y establece un triángulo de relación entre Instituciones de Educación Superior-mercado-gobierno. A las universidades les corresponde el autocontrol de la calidad mediante el reclutamiento de profesores y carrera académica; pruebas de ingreso; control curricular; pruebas y exámenes de apropiación de conocimientos y desarrollo de competencias; y procesos de autoevaluación.

A su vez, el mercado es el que mide y determina si el producto tiene la calidad necesaria, esto lo realiza a través de niveles de demanda; inserción laboral de los titulados; *rankings*, según modelos de competitividad y eficiencia.

Al gobierno le corresponde regular y organizar los sistemas que garanticen al usuario óptimos índices de calidad, como información, aseguramiento de la

calidad, financiamiento de la demanda, no de la oferta, ciencia y tecnología que miden la «productividad» intelectual. Todo ello mediante marcos normativos que hacen reconocimiento oficial de la calidad de las instituciones de educación superior, se establecen parámetros de eficiencia para la asignación de recursos públicos a la «oferta», se contraen obligaciones de informar el nivel de calidad mediante factores, características e indicadores homogéneos y estandarizados.

La relación entre el gobierno y el mercado está determinada por normas que garanticen la calidad como un derecho del consumidor, provean información transparente que le permita al usuario elegir el tipo de educación al que puede aspirar y se fijan controles de precios, según el nivel de calidad. Por su parte, lo que determina la relación entre las instituciones de educación superior y el mercado es la competencia, para lo cual es necesario acudir a la publicidad y al *marketing* para proyectar una imagen positiva y confiable, y aspirar a ocupar en los primeros puestos de los *rankings* de calidad.

Este triángulo de relación pone en cuestión la tradicional naturaleza, misión y objetivos de las instituciones de educación superior y, por supuesto, la idea misma de universidad, fraguada durante siglos. Pero quizá lo más preocupante es que un modelo que homogeneiza y estandariza una actividad abierta, que se mueve en el mundo de la incertidumbre y la búsqueda, puede desterrar de la educación superior la creatividad, la innovación, el espíritu crítico, la rebeldía, elementos que la han caracterizado y que forman parte de su identidad.

En estas condiciones, no es de extrañar que aparezcan riesgos, como los que advierte José Joaquín Brunner:

- «Gatopardismo»: las instituciones aprenden el juego de la calidad.
- Rutinización: se instalan los procedimientos y protocolos y se cumple el rito de la calidad.
- Burocratización: se crea una capa tecno-burocrática académica identificada con el sistema de aseguramiento de la calidad.
- Conservadurismo: las jerarquías institucionales se ven reforzadas.
- Corporativización: las asociaciones profesionales imponen sus intereses y reglas.
- Homogeneización: se juega sobre seguro y no se innova.

Educación superior al servicio de la sociedad

Esta segunda opción tiene como punto de anclaje la pertinencia. Busca poner la educación superior al

servicio de la sociedad y está inspirada en los valores y el ideal educativo de la Conferencia de París. Establece un triángulo de relación entre las instituciones de educación superior, la sociedad y el Estado.

A las primeras les corresponde crear las condiciones para un real ejercicio de la autonomía del saber frente a los poderes que quieren dominarlo y ponerlo a su servicio; en el origen de la universidad fueron el sacerdocio y el reino (Estado), y hoy se suma el mercado. Tal autonomía es precisa para generar la capacidad de responder a las necesidades de la sociedad mediante el ejercicio de funciones sustantivas, desde un enfoque inter y transdisciplinario; la construcción de un nuevo modelo de sociedad; la contribución en la transformación del conjunto del sistema educativo; la implementación de una cultura de la autoevaluación y de rendición de cuentas.

A su vez, la sociedad mide y evalúa los niveles de pertinencia, en sus distintas dimensiones: social, laboral, cultural y ecológica.

El Estado debe ser garante del derecho y gestor de un sistema de educación superior que permita proveer a la sociedad ese bien público mediante políticas de largo plazo; financiamiento para garantizar el real ejercicio del derecho a la educación; condiciones para el aseguramiento de la calidad; pertinencia y efectividad de las instituciones de educación superior y sus correspondientes procesos de rendición de cuentas a él y a la sociedad; la inversión en ciencia y tecnología.

Este tipo de educación superior crea una relación con el Estado determinada por el establecimiento de políticas que reconozcan la autonomía,⁴⁰ en el marco de un sistema de educación que asegura las condiciones para la calidad, la pertinencia y la efectividad de sus instituciones. La relación entre el Estado y la sociedad la define el aseguramiento de condiciones sociales, económicas, culturales y políticas para el efectivo ejercicio del derecho a la educación, como un bien público abierto a todos, sin distinción de clase, credo religioso, raza, etc.; y que permite el acceso según el mérito. A la sociedad le corresponde exigir, velar y contribuir para que ese derecho se garantice y sea de calidad, y se realice en instituciones con administraciones efectivas. En cuanto a la relación entre las instituciones de educación superior y la sociedad, lo que la determina es la capacidad de responder competentemente a sus necesidades y demandas. De esto depende el cumplimiento cabal de la función social de la educación superior.

Este triángulo Estado-sociedad-educación superior revitaliza, actualiza y contextualiza la naturaleza, misión, funciones y objetivos de las universidades. Pero quizá el aporte más significativo es que recupera esa institución

milenaria, encargada de conservar, cultivar y acrecentar el saber, preservar los valores culturales de los pueblos e inspirar en los seres humanos los más altos valores del espíritu.

París + 10: ¿el tiempo de la pertinencia en la región?

Por múltiples razones, la última ha sido la década de la calidad.⁴¹ Se han construido sistemas —tan variados como su origen y fines— para su aseguramiento en todos los países de la región.⁴² La temática de la calidad se ha afirmado en la agenda regional de la educación superior. En estos diez años, se ha sancionado la legislación requerida, creado organismos específicos, desarrollado procesos y metodologías, generado mecanismos de carácter sub-regional, reflexionado y escrito abundantemente sobre el tema, y han circulado por la región expertos de la calidad de todo el mundo. La calidad llegó y se instaló entre nosotros.⁴³

En cambio, los esfuerzos en pertinencia son más modestos; quizá se avanza, movido por las políticas asociadas al mercado, en uno de sus tipos: el laboral. Pero incluso este no se desarrolla en toda su dimensión, porque se pretende que la educación superior solo sea más pertinente con el mundo del empleo. El compromiso para responder a este no es una preocupación generalizada. Los afanes por implementar una formación para el emprendimiento — la capacidad de «inventar trabajo» y ejercer una profesión ahí donde se necesita, no solo en el sector empresarial privado— derivan en una de sus dimensiones: el empresarismo.

¿Por qué las acciones en pertinencia no son tan significativas como las de la calidad? Actualmente esta se vincula fácilmente con el trabajo de la educación superior, como algo intrínseco a ella; en cambio, aún se discute en ciertos sectores académicos si la pertinencia forma parte de su quehacer. ¿Podremos en esta década darle impulso, como se ha hecho respecto a la calidad? ¿Tales esfuerzos son posibles sin que haya, al mismo tiempo, cambios en la equidad social? Una educación pertinente es incompatible con un proyecto de sociedad que favorezca la acumulación de riquezas en pocas manos y el despojo de millones de seres humanos; entre otras razones, porque la universidad, si bien puede ser la conciencia de la sociedad, es un reflejo de esta. En ese sentido, existe la esperanza de que este decenio sea el de la pertinencia en la región. Porque, como expresó la Cumbre para el desarrollo de los principios democráticos, en Brasilia,⁴⁴ en el continente avanza una revolución cautelosa. «Ella viene envuelta en las sombras de la crueldad y el dolor humanos, tiene forma sigilosa.

Ambas cosas, a veces, nos impiden verla, pero ocurre. A las perplejidades que produjeron las crisis asociadas a los cambios en la región y el mundo, ha seguido un proceso inédito de madurez intelectual, social y política».⁴⁵

Esta revolución se manifiesta en el plano intelectual a través de la literatura, la teología, la sociología, la economía, la política, los estudios sociales, los interculturales, etc. Solo hay que revisar la bibliografía de grandes obras producidas desde nuestro continente y que hoy tienen reconocimiento universal. También se expresa en el plano social, en la irrupción de los pueblos indígenas, afrodescendientes y campesinos que después de recorrer formidables procesos sociales de lucha y resistencia, ganan visibilidad y reconocimiento en el ejercicio de sus derechos, evidenciando, por parte de la sociedad en general, signos de madurez histórica y social. Además, en la actualidad contamos con gobiernos que han llegado al poder con la promesa de poner en primer plano la agenda social, la autodeterminación, la equidad y la justicia.

Tal revolución se enmarca en los procesos de resistencia política y cultural que en la década de los 90 lograron posicionar y revalorizar a esos pueblos y sectores antes excluidos, como actores de su propia historia y desarrollo. Esos actores sociales participan en la modificación de las constituciones en varios países latinoamericanos, al introducir mecanismos de participación para hacer real el ejercicio de derechos civiles, políticos y económicos; introducen el multiculturalismo y la diversidad como base de la existencia de los Estados nacionales, y el reconocimiento de derechos culturales, como el idioma, la identidad y las manifestaciones artísticas. Esta participación se extiende en la mayoría de las nuevas constituciones de los países latinoamericanos: Colombia (1991), Ecuador (1998), Perú (1993), Venezuela (1999), Argentina (1994), Guatemala (1985-1993), Bolivia (1967-2004), Brasil (1988-2002), Costa Rica (1999), El Salvador (1983), Guyana (1970/1996), Honduras (1982-1999), México (1992-2001), Nicaragua (1987-1995), Panamá (1972-1994), Paraguay (1992). Se destacan las reformas constitucionales, desde la perspectiva del Estado multiétnico y pluricultural, mediante la Asamblea nacional constituyente en Ecuador, Colombia, Venezuela, entre otros.

Sin lugar a dudas, hoy los diversos actores sociales, especialmente los pueblos indígenas y afrodescendientes, desempeñan un papel muy significativo por su protagonismo político y su importancia cultural, que ha permitido reconocer que en el sur del continente no solo existe una América Latina, sino también una Indoamérica, una Afroamérica y un Caribe; pero lo que los coloca en todos los cruces de caminos de la región es el alto grado de correspondencia entre la ubicación de sus territorios

y las zonas con las tasas más elevadas de biodiversidad (germoplasma y recursos genéticos), de valiosos recursos naturales (agua, bosques naturales, oxígeno), mineros, y de hidrocarburos de gran relevancia estratégica; todos, elementos claves en la geopolítica mundial.

En medio de esta avalancha de cambios, a la educación superior latinoamericana se le demanda mayores niveles de pertinencia. Para esto, tiene que modificar su lugar social, cultural, hermenéutico; debe hacer un éxodo hacia el mundo de los excluidos; conocer las Américas aún no descubiertas y reconocer las ya conocidas. Sin hacer una apología que justifique la exclusión y el despojo, hay que destacar que en las Américas negadas e invisibilizadas, donde viven inmensas mayorías excluidas social, económica, política y culturalmente, se ha conservado parte de la sabiduría de este continente. Tenemos que «beber de nuestro propio pozo», como diría el teólogo peruano Gustavo Gutiérrez, y crear un novedoso quehacer académico que encarne la reflexión en la problemática de los excluidos que, al decir de Ignacio Ellacuría,⁴⁷ son el «lugar» más universal, tanto cualitativa como cuantitativamente, porque en ellos está más amenazada la esencia humana y porque representan dos terceras partes de la población mundial.

Sobre esa sabiduría del mundo de los excluidos, vale recordar cómo los shamanes (hombres sabios de las comunidades indígenas) resuelven, a través del contacto profundo con la naturaleza y su entorno, los problemas fundamentales bio-psico-sociales de su grupo. De igual modo, en la sociedad contemporánea, con complejos sistemas de resolución de conflictos, aparecen procesos que, partiendo de lo cotidiano, sencillo y vital, reconstruyen los tejidos sociales destruidos por la violencia. Tampoco pueden olvidarse los procesos populares de lucha y resistencia que, a pesar de sectarismos, divisiones y exterminios, han recuperado saberes alternativos frente al orden dominante: la medicina tradicional, las religiones de las otras culturas de este continente, la tradición oral, las formas comunitarias de organización social (la minga y el convite), prácticas desde las que es posible resistir y construir.

A través de la historia, la universidad se ha reestructurado para adaptarse y dar respuestas a las hondas exigencias de cada época. Hoy estamos frente a la tarea de desencadenar el potencial científico, autónomo, universal y corporativo de ella, que, en ocasiones, pareciera estar dormido en las instituciones de educación superior. El llamado de los actores sociales, protagonistas de esta revolución cautelosa, fortalece el sentido e identidad de la universidad, como espacio de encuentro y diálogo de saberes, culturas, pueblos, naciones, donde sea posible la convergencia de perspectivas, enfoques, intereses, desde una

concepción de *universalidad* entendida, por significación, como una dialéctica incesante, irreductible y fecunda, entre las distintas y heterogéneas identidades y no solo por extensión, donde se es universal si se cuenta con el prisma completo de las disciplinas y profesiones; donde la *autonomía* sea la afirmación de la naturaleza creativa del saber, su capacidad reflexiva de indagación y su poder de innovación, creando ambientes de libertad pensante que engendren, con responsabilidad, nuevos horizontes éticos y políticos frente a nuevos y viejos poderes que quieren imponer su verdad;⁴⁸ donde la *corporatividad*, sea entendida como co-responsabilidad de los diferentes actores que participan en la vida universitaria que, desde diversas posiciones y competencias, participan en una misma tarea conjunta; donde la *cientificidad*, no sea un punto de llegada determinado por el cómo (método), sino un camino permanente de búsqueda, indagación, creación y creatividad, impulsado desde el para qué (los fines).

Una universidad que construye *universitas* genera espacios de creación, difusión y aplicación de conocimientos desde y para sus entornos, con altos niveles de calidad académica, de pertinencia social, laboral, cultural y ecológica; de responsabilidad ética y política. En este empeño hay dos protagonistas centrales: los estudiantes, que representan la novedad y la bella oportunidad de que todo puede tener nuevos comienzos y nuevos finales, no la mediocre repetición de la historia; en consecuencia no pueden renunciar al espíritu rebelde y de indignación ética, en momentos en los que pareciera que el mundo esta al revés; y el profesor tiene el reto de atreverse a ser maestro.

Notas

1. UNESCO, *Memorias de la Conferencia Mundial sobre la Educación Superior en el siglo XXI: visión y acción* (1998), París, 1999.
2. UNESCO, *Declaración final de la Conferencia Mundial sobre la Educación Superior en el siglo XXI: visión y acción*, París, 1998.
3. Federico Mayor, citado en Carlos Tünnermann, «Educación Superior y cultura de paz para el siglo XXI», en *Memorias del Seminario sobre responsabilidad social de la educación superior en América Latina y el Caribe*, USB, Cali, 2001.
4. UNESCO, *Declaración final...*, ed. cit.
5. Federico Mayor, ob. cit. pp. 22-3.
6. Véase Federico Mayor, «Hacia una nueva educación superior» (Discurso de clausura), *Conferencia de La Habana* (1996), Ediciones CRESAL/UNESCO, Caracas, 1997, p. 235.
7. Orlando Albornoz, *La educación superior en el siglo XXI. Visión de América Latina y el Caribe*, Ediciones CRESALC/UNESCO, Caracas, 1997, p. 21.
8. UNESCO, «Preámbulo», *Declaración final...*, ed. cit.

9. *Ibidem*, artículo 6.
10. *Ídem*.
11. Bernardo Klinsberg y Xabier Gorostiaga muestran esta realidad en varios estudios.
12. UNESCO, *Declaración final...*, ed. cit.
13. *Ídem*.
14. *Ídem*.
15. William Ospina, *Los nuevos centros de la esfera*, Ediciones Aguilar, Bogotá, 2001. Ospina, ensayista colombiano, es una de las promesas más prominentes de las letras en el continente, según Gabriel García Márquez y Álvaro Mutis.
16. Alfonso Borrero, «Educación Superior y desarrollo», en *Memorias del Seminario sobre responsabilidad social...*, ed. cit.
17. UNESCO, *Declaración final...*, ed. cit.
18. Proverbio de los indígenas del norte del Cauca, citado por el Padre Antonio Bonanomi, en *Memorias del Seminario...*, ed. cit.
19. William Ospina, ob. cit, p. 247.
20. Citado por Alfonso Borrero Cabal, en *Simposio permanente sobre la universidad*, Conferencia «Educar en y para lo superior», Santa Fe de Bogotá, 1992.
21. Jacques Delors *et al.*, «*La educación encierra un tesoro*». Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el siglo XXI, Santillana y Ediciones UNESCO, Madrid, 2000. Esta Comisión está presidida por Jacques Delors.
22. Según estudios de la Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), el ingreso medio de los «países menos adelantados» (que suman 560 millones de habitantes) está disminuyendo, y se situaría en 300 dólares anuales per cápita, en comparación con 906 dólares en los demás países en desarrollo y 21 598 dólares en los industrializados.
23. Xabier Gorostiaga, «Buscando el eslabón perdido entre educación y desarrollo», en *Memorias del Tercer Encuentro de Estudios Prospectivos*, Río de Janeiro, 2002.
24. *Ídem*.
25. Gustavo Gutiérrez, «¿Dónde dormirán los pobres?», en *Gobernar la globalización*, Proyecto DEMOS, Ediciones UNESCO, México D. F., 1997.
26. Xabier Gorostiaga, ob. cit.
27. Economista chileno, Premio Nobel alternativo de Economía en 1993, autor de la teoría del desarrollo a escala humana o economía descalza.
28. Manfred Max Neef, *Desarrollo sin sentido. Memorias II Encuentro de Diseñadores*, La Cocha, Nariño, 1998, p. 297.
29. El germoplasma que existe en estas tierras y que representa la más colosal diversidad vegetal del planeta, en gran parte ha sido descubierto por otros y trasladado gratuitamente a otros países y se encuentra bajo el control de grandes empresas multinacionales.
30. Véase UNESCO, «*La educación encierra...*», ed. cit.
31. Federico Mayor, citado por Carlos Tünnermann, ed. cit.
- Pertinencia y nuevos roles de la educación superior en América Latina
32. Carlos Tünnermann, ob. cit.
33. Santiago Castro, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, CLACSO-UNESCO, Caracas, 2002.
34. Francisco López-Segrera y otros, *Educación permanente, calidad y evaluación*, UNESCO-USB, Cali, 2002.
35. Xabier Gorostiaga, ob. cit.
36. Citado por Manuel Ramiro Muñoz, «Retos a la Educación Superior en el centro y sur de América desde el diálogo entre ciencia y conocimiento ancestral», disponible en www.colombiaprende.edu.co
37. Enrique Dussel, *Filosofía de la liberación*, Bogotá, 1980, p. 26.
38. Ángel Díaz, *Evaluación académica*, CESU-UNAM, México, D. F., 2000.
39. Juan Carlos Hidalgo, *La educación superior en el siglo XXI, visión de América Latina y el Caribe*, CRESALC/UNESCO, Caracas, 1995, p. 715.
40. La autonomía se ejerce si se tiene. Es un contrasentido pensar que «algo» que se otorga o que se recibe, cuando la existe se ejerce, y al Estado le corresponde reconocerla.
41. Concepto que sigue siendo ambiguo y sobre el cual hoy circulan diferentes definiciones.
42. IESALC/UNESCO, *Informe sobre la educación superior en América Latina y el Caribe 2000-2005*, Ediciones IESALC, Caracas, 2006, p. 33.
43. Véase Norberto Fernández Lamarra, en *Ibidem*, p. 34.
44. Cumbre regional para el desarrollo de los principios democráticos, Brasilia, 1997, organizada por la UNESCO, en el marco del proyecto DEMOS. Asistieron importantes y representantes políticos, académicos, líderes sociales y directores de organismos multilaterales.
45. UNESCO, «Gobernar la globalización, la política de la inclusión: el cambio de responsabilidad compartida», en *Ibidem*.
46. Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Dominica, Ecuador, Guatemala, Honduras, México, Paraguay, Perú y Venezuela.
47. Filósofo y teólogo, mártir latinoamericano, asesinado en El Salvador.
48. En el siglo XII, en la naciente institución universitaria, la autonomía del pensamiento se impone frente a los poderes de la época, el príncipe y el sacerdocio, quienes determinaban impositivamente los criterios de verdad y validez, ya sea desde la verdad revelada, contenida en las sagradas escrituras, o desde las razones de Estado. Hoy quizá a estos viejos poderes, pero vigentes, se le suma el poder de los grandes grupos económicos que imponen criterios de verdad y validez desde el autoritarismo del mercado.